



## Lo nacional

ESTEBAN GRECIET

**F**rente al conseguido empeño de Pujol de que se identifique su partido con el hecho catalán, y ante tonterías tan monumentales como las del presidente vasco («España no es una nación») y los cinismos del otro enfatuado y jesuítico ayatolá, que producen arcadas con sólo recordarlos, merece la pena subrayar palabras pronunciadas estos días por dos experimentadas y lúcidas cabezas españolas.

En opinión de Antonio García Trevijano, fundador de la Junta Democrática Española, «el Estado de las autonomías es el gran corruptor del hecho nacional». La conciencia española está en crisis por esta razón, originada en los nacionalismos, que, como recuerda Julián Marías, tienen apenas un siglo de existencia, desvirtúan la historia y nacen de una aversión a la estructura nacional de España. Aversión que puede convertirse en recíproca, como la surgida al hilo del empecinamiento lingüístico de la Generalidad.

Los nacionalismos son ficciones, dice Trevijano, que esconden ambiciones de poder, fenómenos ideológicos y de propaganda, que consideran traidor a quien no piense como ellos. El fenómeno ha ido tan lejos que ha conseguido alterar toda la conciencia ciudadana, me parece a mí, hasta el punto de que sus demoledores efectos, sobre todo en la juventud, ya no van a tener remedio.

La postura «anti», desde luego, parte del planteamiento ajeno y trata de combatirlo en su propio terreno, lo que es conceder ventaja. Explica Marías que «el falseamiento de la realidad de España (...) destruye toda posibilidad de hacer algo razonable y no se puede «partir» de ahí ni siquiera para oponerse».

No cabe extrañeza por la actual connivencia del partido en el Gobierno y los nacionalismos, porque parte de la propia creación constitucional en los setenta. Ramón Rubial, presidente del PSOE, ha portado pancartas pidiendo la autodeterminación. El XXVII Congreso del partido, en 1976, reclamó la libre autodeterminación para los pueblos de España, formada por «nacionalidades y regionalidades» y para la que propugnaba un Estado federal. Solución final, por cierto, que sólo deja una salida a la proclamada voluntad autodeterminadora.